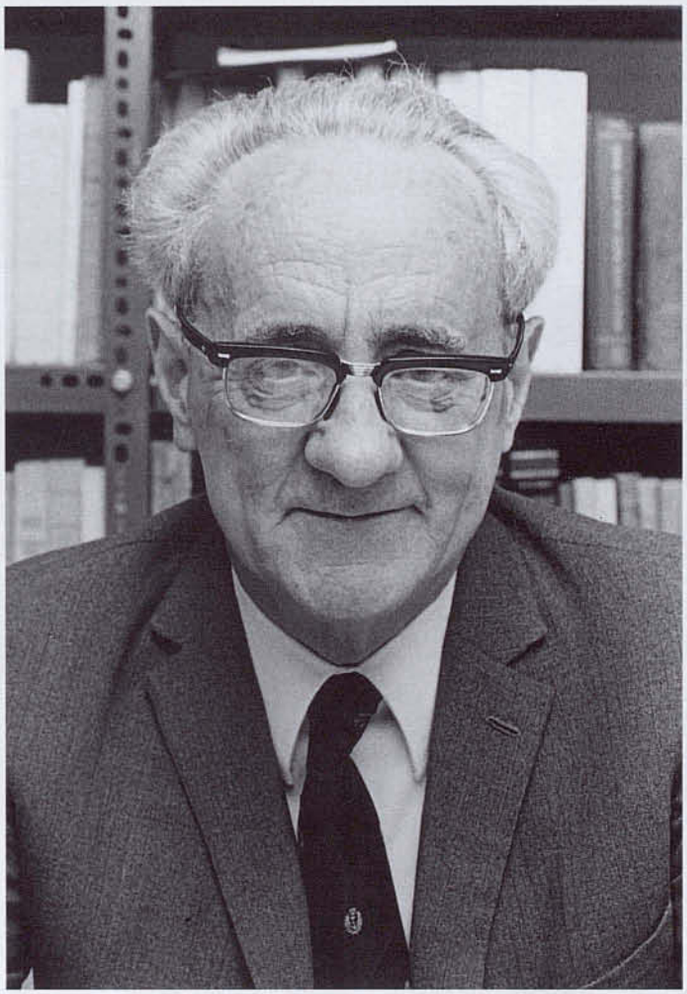
FRANCESC DE B. MOLL: EL HOMBRE POR LA PALABRA



FRANCESC DE BORJA MOLL FUE, SOBRE TODO, UN ESTUDIOSO DE LA LENGUA, UN LINGÜISTA, UN LEXICÓGRAFO. SI MOLL HUBIERA VIVIDO EN UN PAÍS NORMAL HABRÍA SIDO UN PRESTIGIOSO PROFESOR UNIVERSITARIO Y SU CONTRIBUCIÓN A LA CIENCIA FILOLÓGICA SE HABRÍA CONVERTIDO EN UN PATRIMONIO VALORADO POR TODOS.

GABRIEL JANER MANILA ESCRITOR

© BARCELÓ

La muerte del filólogo Francesc de B. Moll, el día 18 de febrero de 1991, me devolvió la memoria de unos tiempos descaradamente difíciles para la lengua y la cultura catalanas. La memoria de una época de continuada lucha, de tenacidad indestructible que Francesc de B. Moll protagonizó con aparente moderación, pero con la firmeza de una voluntad rigurosa que nunca se doblegó ante la persecución, ante la estúpida ignorancia de una sociedad –dicen que no hay otra en el mundo como la nuestra– que infravalora y minoriza el patrimonio cultural y lingüístico que le es propio.

La obstinada resistencia de Moll llevó el signo del impulso heredado de aquel maestro, manacorense ilustre, hombre de combate, Mn. Antoni Alcover, cuya actividad concentró una capacidad de trabajo y un entusiasmo ejemplares. El secreto de Moll fue la dedicación imperturbable y continuada al estudio y la difusión de la lengua catalana. Una constancia que nunca conoció fisura alguna. Él mismo explicaba, al ser proclamado doctor honoris causa por la Universidad de Barcelona, en 1975, que el suyo era un doctorado "laboris causa".

La permanente dedicación a la lengua catalana y a la cultura que se manifiesta en esta lengua se sintetiza en una sentencia latina que puso en el anagrama de la Editorial Moll y que ejemplifica admirablemente su estilo de vida, la voluntad tenaz de sus trabajos y sus días: "Dura tamen molli saxa cavantur aqua". Es dura la roca, pero el agua termina, a fin de cuentas, por socavarla. Contra la dureza implacable de la roca, la persistencia resistente, decidida del agua que, aun siendo blanda, trabaja la roca y la aniquila.

Francesc de B. Moll fue, sobre todo, un estudioso de la lengua, un lingüista, un lexicógrafo. Si Moll hubiera vivido en un país normal –quiero decir en un país en el que no hubiera sido necesaria la continuada lucha cultural por la supervivencia–, habría sido un prestigioso profesor universitario y su contribución a la ciencia filológica habría sido un patrimonio valorado por todos.

Pero la realidad social y cultural en que Moll tuvo que llevar a cabo su aventura lingüística fue de una dura inclemencia. Moll trabajó rodeado por un gran silencio impuesto a golpe de fusil. Se había decretado la muerte de la lengua a la que, fervorosamente, dedicaba su vida. Y era preciso lanzarse a una batalla secreta, casi íntima, en la que cada palabra, cada ficha del "Diccionari" eran una pequeña victoria.

El trabajo científico fue de primerísimo orden. Se había formado con lingüistas de prestigio internacional: Bernhard Schädel, de la universidad de Hamburgo, y Meyer-Lübke, de la universidad de Bonn. Asistió a congresos y publicó artículos teóricos en revistas de gran influencia en el campo de la Filología Románica.

Quedaba, entonces, el combate social por la lengua. Se trataba de reconstruir la función pública del idioma. La tarea de Francesc de B. Moll como impusor de cultura es de una extraordinaria magnitud: fundador de la Obra Cultural Balear, editor –muchos autores mallorquines publicamos nuestros primeros textos en la Editorial Moll, primero en la colección "Les illes d'or", luego en la biblioteca "Raixa"–, divulgador de las rondallas de Mallorca, recogidas y recontadas por Mn. Alcover, a través de la edición popular y la narración radiofónica, colaborador en los periódicos sobre temas lingüísticos..., siempre atento a clarificar las razones que impulsaban su lucha, dirigida a la dignificación de la lengua catalana.

Las palabras fueron la razón profunda de su vida. Y son las palabras lo que define a los hombres.

En los últimos años, incapacitado por la enfermedad, con la memoria turbada, Francesc de B. Moll vivía una vida ficticia: asistía a imaginarios congresos, a las reuniones de la sección filológica del "Institut d'Estudis Catalans", pronunciaba conferencias... e inventaba palabras. Palabras nuevas que brotaban inesperadamente de la imaginación del filólogo, bellas sin embargo, indescifrables. ■